

EL DOCTOR DEL SÁBADO

Rama, un joven de la India, vivía solito en su choza, porque sufría de esa espantosa enfermedad que se llama lepra.

Rama había estudiado en las escuelas paganas. La gente de su aldea estaba orgullosa de él, porque sabía leer y escribir. Admiraban a este joven hindú y lo consideraban un hombre santo.

Pero Rama no era feliz. ¡Si pudiera sanarse de la lepra! Entonces sí que se sentiría realmente feliz. Fue de un médico a otro. Pero cada uno le decía: “No puedo hacer nada por Ud. No tengo medicina que pueda curarlo”. ¡Pobre Rama! La lepra iba empeorando más y más, y parecía no haber esperanza para él.

Un día llegó un bondadoso misionero a la aldea donde vivía Rama. El misionero llevaba medicinas y alimento para la gente. No había llovido durante muchas semanas, y las huertas y jardines se habían secado. Algunos del pueblo tenían aún un poquito de comida, pero otros no tenían nada. Muchos estaban débiles y enfermos por causa del hambre.

Al ver pasar al misionero, un vecino fue a Rama y le dijo: “¿Por qué no vas a ver al hombre blanco? Él ha curado a muchas personas. Tal vez pueda ayudarte”.

El joven preguntó: “¿Cree Ud. realmente que puede curarme de la lepra?”

“Tal vez”, contestó el vecino.

A los pocos minutos Rama estaba hablando con el hombre blanco, “el doctor”, como lo llamaban a veces.

“¿Puede usted leer?” preguntó el misionero.

“Sí, puedo”, contestó el joven. Entonces el misionero le regaló un ejemplar de una Biblia pequeña.

Rama empezó a leer. Nunca había visto un libro semejante. Allí había relatos y más relatos acerca de Jesús, de cómo enseñaba al pueblo y sanaba a los enfermos. ¿Quién era este hombre? ¿Podría sanarlo a él?

¡Rama tenía que preguntárselo al misionero!

Y un día leyó en el libro de Mateo que Jesús sanaba a los leprosos. El joven se dijo: “¡Los leprosos! ¡Jesús sanaba a los leprosos! ¡Entonces él puede sanarme a mí también!” Se puso de pie de un salto, corrió fuera de su choza y se dirigió apresuradamente adonde estaba el misionero para contarle lo que había leído.

El misionero escuchó. Luego le relato más acerca de las obras maravillosas de Jesús. ¡Con cuánto gozo escuchaba Rama!

Un día, el misionero le dijo que Jesús guardaba el sábado. Rama nunca había oído acerca del sábado. «Este gran hombre guardaba el sábado y curaba a los enfermos, aun a los leprosos», se dijo el joven. Y desde entonces Rama llamó a Jesús “el Doctor del sábado”.

“¿No me sanará a mí también el Doctor del sábado?” preguntó el joven hindú.

“Vamos a pedírselo”, contestó el misionero. Se arrodillaron juntos y pidieron que Jesús sanara a Rama como había sanado a los leprosos mucho tiempo antes.

Siguieron orando día tras día. Pasó un mes y la lepra no había desaparecido. Pasaron dos, tres, cuatro meses, y Rama seguía aún con su terrible enfermedad. ¿Nunca sanaría? Pasaron cinco meses y Rama todavía estaba leproso.

Pero él no se desanimó. Estaba seguro de que el Doctor del sábado lo curaría. El misionero y él siguieron orando.

Durante el sexto mes sucedió algo maravilloso. Mientras estaban los dos orando, Dios sanó a Rama de su lepra. ¡Sus oraciones habían sido contestadas! Se arrodillaron de nuevo y agradecieron al “Doctor del sábado” por haber sanado a Rama.